

El escocés enfocó de nuevo su catalejo y escudriñó minuciosamente. La tropa de jinetes se iba haciendo más visible, pudiéndose apreciar sus evoluciones.

Kennedy reanudó su vigilancia, diciendo pocos instantes después:

- Son árabes, lanzados a galope tendido: los veo claramente. Son unos cincuenta. Veo sus chilabas flotando al viento. Es un ejército de caballería; su jefe les precede a cien pasos y el resto sigue sus huellas.

- Sean los que fueren –repuso el doctor-, nada hemos de temer; en último caso, nos elevaríamos.

-¡ Espera, Samuel! ¡Espera! - dijo Richar.,.

- Y tras atisbar nuevamente, agregó con calma:

- ¡ Es extraño! Hay algo que no puedo acabar de explicarme. A juzgar por su empeño y por la irregularidad de su formación, esos árabes parecen más perseguir que seguir.

- ¿ Estás seguro, Dick?

-¡Segurísimo!... ¡Vaya!...

Es un acoso en toda regla, pero el acosado es un hombre. No es un jefe quien les precede, sino un fugitivo.



-¡Sí! ¡Es Joe! -dijo el doctor, palideciendo.

-¡No podrá vernos en su huida! -observó Richard.

-¡Nos verá! -afirmó Samuel, cortando la llave del dilatador.

-Pero ¿cómo?.



-¿ Un fugitivo? –preguntó emocionado.

-Sí.

-No le perdamos de vista y esperemos.

Los expedicionarios no tardaron en ganar tres o cuatro millas a los jinetes, cuyas monturas apenas tocaban al suelo.

-¡Samuel! ¡Samuel! -exclamó Richard, con voz trémula.

-¿ Qué ocurre?

-¡No es ilusión! ¿Será posible?

-¿Qué ocurre? –inquirió Samuel.

-¡No hay duda! ¡Es él!

-¡Él! -repitió Fergusson.

La palabra él lo decía todo. No era preciso nombrar al aludido.

-¡Es él, a caballo! ¡Apenas le separan cien pasos de sus perseguidores! ¡Huye?

-Dentro de cinco minutos estaremos a cinco pies del suelo; en quince, a nivel de nuestro compañero.



-Le avisaremos por medio de un disparo.  
-¡No! No puede retroceder; está cortado.  
-Entonces ¿qué podemos hacer?  
-Esperar.  
-¿Esperar? ¿Y los árabes?  
-Ya les alcanzaremos. Nos separan de ellos dos millas escasas, y con tal de que resista el caballo de Joe...  
-¡Dios mío! -exclamó Richard. -¿Qué pasa?

El escocés lanzó su angustiada exclamación al ver desmontado a Joe. Su caballo, extenuado, rendido por la fatiga, acababa de caer, desplomado.

¡Nos ha visto! -exclamó Samuel-. ¡Ha hecho señas al ponerse en pie!  
-¡Pero los árabes van a su alcance! ¿Qué espera?...  
¡Ah! ¡Qué alma tiene ese muchacho! ¡bravo! -gritó el cazador, sin poder reprimir su entusiasmo desbordante.  
El caballo se levantó en el acto, después de caer.

-Pero ¿qué hace Joe que no se para? -preguntó el escocés al parecer muy sorprendido.  
-Algo más de lo que parece, Dick. Adivino su táctica, que consiste sólo en mantenerse en la dirección del aerostato. Cuenta indudablemente con que le comprendamos. ¡Descuida, mi buen Joe! ¡Te secuestraremos en las barbas de esos árabes! Ya estamos a menos de doscientos pasos.

El Victoria adelantó al pelotón de jinetes lanzados a rienda suelta en persecución de Joe. El doctor, en la parte anterior de la barquilla, tenía preparada la escala, pronto a desplegarla con la debida oportunidad.

-¡Atención! -advirtió Samuel a Richard.  
-¡Preparado! -contestó éste.  
-¡Joe, asegúrate bien! -gritó el doctor en tono vibrante arrojando la escala, cuyo extremo inferior rozó el suelo, levantando una densa polvareda.



Al requerimiento del doctor, Joe se volvió sin refrenar a su caballo y se asió al vuelo a la escala. En el acto ordenó Samuel a Richard:

-¡Tira el lastre!  
-¡Allá va! -contestó el escocés, cumplimentando a la vez el mandato de Samuel.

El aerostato, aligerado de un peso superior al de Joe, se elevó a ciento cincuenta pies. Joe se afianzó firmemente en la escala, en tanto duraron sus violentas oscilaciones; luego, haciendo un gesto indescriptible a los árabes y trepando con la agilidad de un acróbata, llegó junto a sus compañeros, que le recibieron en sus brazos.



Julio Verne, Cinco semanas en globo.